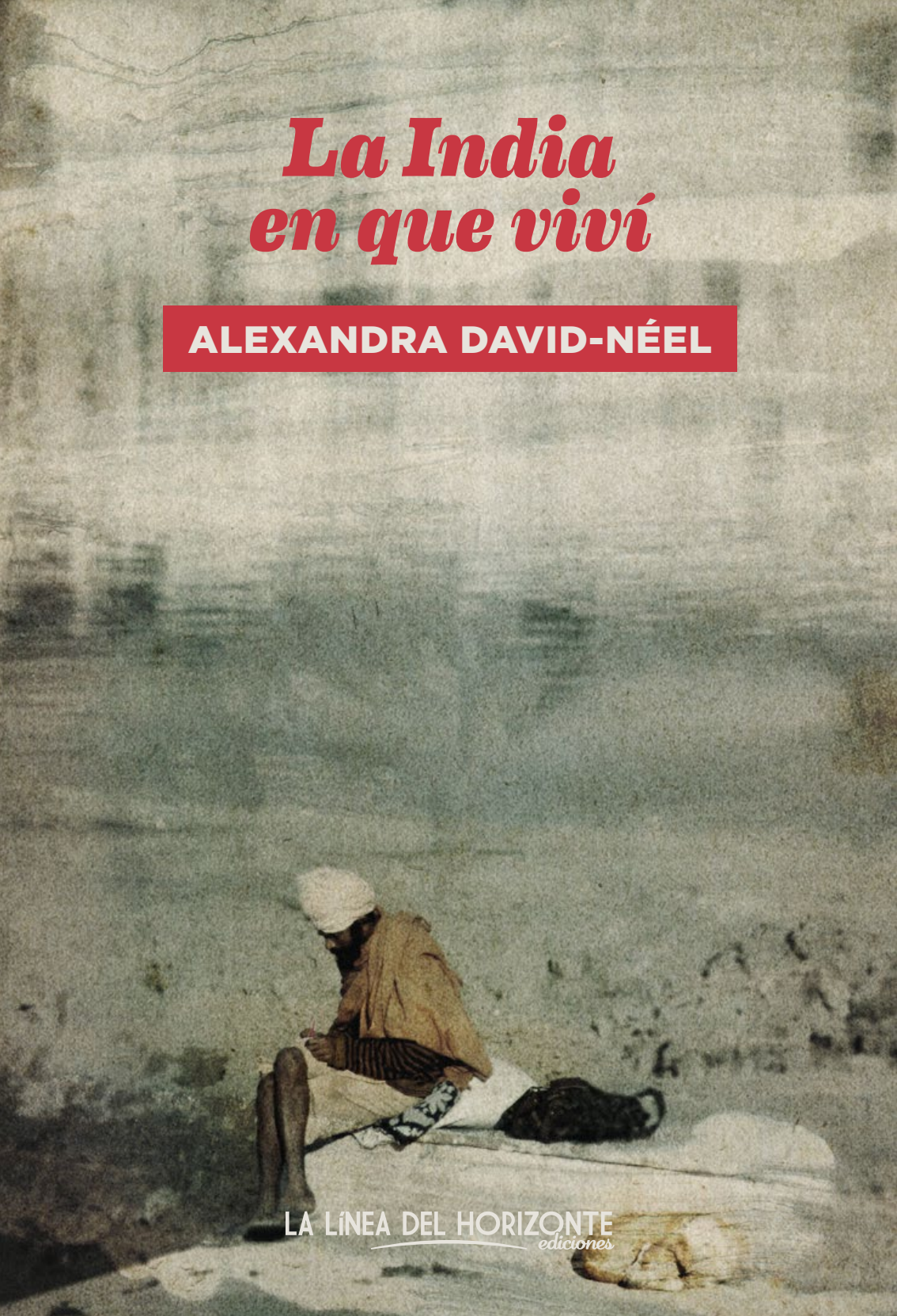


La India en que viví

ALEXANDRA DAVID-NÉEL

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones





ALEXANDRA DAVID-NÉEL

(SAINT MANDÉ, 1868 -
DIGNE-LES-BAINS, 1969)

De origen franco-belga es una de las personalidades más atractivas del siglo XX. Budista, feminista, anarquista, orientalista, cantante de ópera, viajera, exploradora y escritora. Interesada desde muy temprano en las religiones comparadas, el anarquismo —por influencia del geógrafo y amigo de su padre Élisée Reclus—, el feminismo y la filosofía oriental, empezó a viajar desde muy joven. Primero por Suiza, España e Inglaterra, mientras se iniciaba en el budismo y la teosofía. Después estudió canto y piano comenzando una carrera como cantante de ópera que la llevó a Hanoi, Atenas y Túnez donde conoció al que será su marido: Philippe Néel, con el que le unirá una profunda amistad hasta su muerte.

Asia y, especialmente, India, Tíbet y China se convertirán en el eje de su vida intelectual. A India viajó en diversas ocasiones, la primera siendo muy joven. Después, lo que iba a ser un viaje de dieciocho meses se convirtió en una rica y desacostumbrada experiencia que la llevó a India, Nepal y Tíbet (1911-1925) durante 14 años. Su gran hito como exploradora lo marca su arduo viaje a Lhasa en 1924, ciudad cerrada a los extranjeros. Dejó medio centenar de importantes publicaciones (ensayos, traducciones, crónicas de viaje) entre las que destacan estas memorias escritas como resultado de sus viajes al país a lo largo de cinco décadas.



La India en que viví

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Título de esta edición: *La India en que viví*

Primera edición: *L'Inde où j'ai vécu*, Librairie Plon, 1951

Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones:
febrero de 2020

© de esta edición: LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones
www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

© de la traducción: herederos de Milagro Revest

© del texto: Éditions Perrin, 2003

© de la maquetación y el diseño gráfico:

Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

© de la maquetación y versión digital: Valentín Pérez Venzalá

Depósito Legal: M-5574-2020 | ISBN: 978-84-17594-64-0 | THEMA: WTL; 1FKA

Imprime: Estugraf | Impreso en España | Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

**LA INDIA
EN QUE VIVÍ**

-

**ALEXANDRA
DAVID-NÉEL**

-

TRADUCCIÓN DE
MILAGRO REVEST

-

COLECCIÓN
FUERA DE SÍ. CONTEMPORÁNEOS
Nº17

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



ALEXANDRA DAVID-NÉEL

(1868-1069)

ORIENTALISTA, VIAJERA, FEMINISTA, ESCRITORA

ÍNDICE

PRÓLOGO	(13)
EL NACIMIENTO DE UNA VOCACIÓN	(19)
PRIMEROS PASOS HACIA LA INDIA	(21)
LOS DIOS TAL Y COMO LOS INDIOS LOS CONCIBEN Y LOS VEN	(41)
LOS SANTUARIOS PRESTIGIOSOS Y SUS HABITANTES	(51)
EL ANTIGUO SISTEMA RELIGIOSO DE LAS CASTAS	(65)
EXTRAVAGANCIAS RELIGIOSAS	(91)
HAMBRE, EPIDEMIAS Y SUPERSTICIONES	(131)
SHAKTI, MADRE UNIVERSAL	(157)
LOS GURÚS INSTRUCTORES, GUÍAS ESPIRITUALES Y PROTEOS CON MIL FORMAS	(201)
LOS «SANTOS PROFESIONALES»	(249)
LA NUEVA INDIA, SUS CONFLICTOS	(315)
DESPUÉS DE LA EPOPEYA	(343)
APÉNDICE	(383)

PRÓLOGO



En casa de mis padres, cuando tenía seis años, pasaba horas y horas leyendo relatos de viajes de Julio Verne. Sus héroes poblaban con sus hazañas mis sueños infantiles: Phileas Fogg, Passepartout, los hijos del capitán Grant, el capitán Hatteras y tantos otros se habían convertido en mis compañeros inseparables. Había tomado una resolución... como ellos, y más aún si era posible, viajaría...

Cuando alguna que otra vez hablaba a las «personas mayores» de mi magnífico proyecto, se reían, se burlaban de mí, y todo porque eran más altas que yo y porque tenían dinero, mientras que los niños, los «pequeños», no lo tienen. Esto me revelaba ya, aunque no fuera consciente, el carácter interesado del mundo en que iba a vivir y me hacía despreciar la opinión de esos «mayores».

«Viajaría»: ¿he cumplido mi palabra? Más que rápidas travesías en avión, mis viajes han consistido en temporadas más o menos largas en diferentes países de Asia. He vivido principalmente en la India, Pakistán, el Tíbet: tras un largo viaje en que atravesé parajes aún sin explorar, llegué a Lhasa antes que ninguna otra mujer de raza blanca. Viví también en las regiones del Himalaya, en Sikkim, en Nepal, en China, en Japón, en Birmania, en Ceilán, en Corea, etc. En mis viajes recorrí, también, países del norte de África: Marruecos, Argelia, Túnez y los oasis del Sahara. En resumen, estos viajes empezaron antes de 1900 y no terminaron hasta después de la segunda guerra mundial: todo a lo largo de una vida.

¿He cumplido mi palabra?... La palabra dada cuando era una niña: «¡Viajaré!». Mi primer «gran viaje» me llevó hasta la India. La «India» es una creación de los ingleses. En su lugar, no encontrábamos más que una serie de pequeños estados, más o menos independientes y a menudo en guerra entre ellos. Es a esta situación a la que un

partido político no despreciable tiende a llevarla hoy otra vez y esto causa las revueltas que allí se producen desde el final de la dominación inglesa.

Este movimiento retrógrado, ¿podrá llegar a algún resultado o bien los indios, siguiendo los ejemplos dados por los Estados Unidos de América y de Suiza, crearán una confederación estable?

¡Habrá que verlo!

**LA INDIA
EN QUE VIVÍ**



EL NACIMIENTO DE UNA VOCACIÓN

En aquel entonces, el Museo Guimet era un templo. Es así como se alza ahora, en el fondo de mi memoria. Veo una escalera ancha de piedra que asciende entre paredes cubiertas de frescos¹. Al ir subiendo, uno se encuentra sucesivamente a un brahmán altivo, vertiendo una ofrenda en el fuego sagrado, a monjes budistas con togas amarillas que van a buscar, con el bol en la mano, su alimento cotidiano, un templo japonés sobre un promontorio al que conduce, tras un pórtico, una alameda bordeada de cerezos en flor. Otras figuras, otros paisajes de Asia atraen aún la atención del peregrino que asciende hacia el misterio de Oriente.

En lo alto de la escalera, el sanctasanctórum del lugar aparece como un antro oscuro. A través de una pesada verja que prohíbe el acceso, se entrevé una rotonda cuyas paredes están cubiertas de estantes repletos de libros. Dominando la biblioteca, un Buda gigantesco reina solitario, entregado a sus meditaciones. A la izquierda, salas iluminadas muy discretamente, dan asilo a todo un pueblo de deidades y sabios orientales. En el silencio solemne de esta morada creada para ellos, unas y otros llevan una existencia secreta, encarnada en sus efigies o en las obras que perpetúan sus palabras. A la derecha hay una pequeña sala de lectura en donde los fervientes del orientalismo se absorben en estudiantas investigaciones, olvidados de París cuyos ruidos chocan en vano contra las paredes del museo templo, sin llegar a romper la atmósfera de quietud y de ensueño que encierran.

En esta habitación pequeña, mudas llamadas escapan de las páginas que se hojean. La India, China, Japón,

¹ Desaparecieron después. ¿Por qué? (En adelante, todas las notas corresponden a la autora).

todos los puntos del mundo que empiezan más allá de Suez incitan a los lectores... Nacen vocaciones... Allí nació la mía. Así era el Museo Guimet cuando yo tenía veinte años.

PRIMEROS PASOS HACIA LA INDIA

«Marsella, puerta de Oriente». En el matasellos de las cartas que vienen de allí, se pueden leer, a veces, estas palabras. Pero a mí poco me importaba una «puerta». Desde la ventana de mi habitación del hotel que daba al puerto viejo, miraba distraídamente el hormigueo de la heterogénea población. Un ligero mistral levantaba un polvo dorado que envolvía cosas y gentes, dándoles una vaga apariencia de espejismo. La pincelada de oriente se afirmaba ya en este cuadro, pero yo no perdía el tiempo en mirarlo. Conocía Marsella y, sobre todo, debía embarcarme al día siguiente; en espíritu había cruzado ya la «puerta», desembarcado en la India... La India, tal y como me la imaginaba a través de mis lecturas y de las figuras enigmáticas de las deidades que dominaban las oscuras galerías del Museo Guimet.

Hasta entonces, no había hecho más que travesías cortas de Holanda y Bélgica a Inglaterra en barcos pequeños. Las dimensiones del que iba a tomar me parecieron imponentes. Verdaderamente aquello era un «vehículo» serio, digno de llevar peregrinos al país de los Grandes Sabios. Había reservado una cabina con una sola litera para que nadie perturbara mi recogimiento, además, siempre me ha dado horror la promiscuidad. ¡Qué tiempos felices en que se podía evitar en trenes y barcos que ofrecían amplio espacio a los viajeros! Después vino el régimen del tropel de los rebaños que se hacían mezclados y que se prestan a ello dócilmente.

Levantaron las pasarelas, soltaron las amarras, la sirena rugió, salimos del puerto... altamar... caía la noche... las estrellas empezaban a brillar... Sonó la campana

de a bordo. Debía de ser la hora de la cena, pero no iba a empezar mi peregrinación mística con el acto vulgar de sentarme a la mesa. No se trataba de algo voluntario, simplemente ni se me había ocurrido cenar ni tenía ganas.

Había olvidado que me encontraba en la cabina de un barco. Estaba en el bosque, graves anacoretas sentados a la puerta de cabañas construidas con ramas discutían entre ellos en la lengua de los *Upanishads*: «Cuando la vida abandona este cuerpo, él muere, pero la vida no muere. *Eso* que es el alma de este cuerpo es Realidad: es el Alma Universal. Tú eres *eso*, hijo mío».

Para él, no hay ni amanecer ni puesta de sol;

Para él hay un eterno día:

Para él que conoce al *Brahmâ* (El Estar en Sí).

—Señorita, han avisado para la cena —dice la camarera, entrando sin duda después de haber llamado a la puerta sin recibir respuesta.

—Gracias, no cenaré.

El bosque y los venerables anacoretas se habían desvanecido de repente. Ante mí veía una pared blanca, brillante, pintada con ripolín.

—¿La señorita no está enferma? —preguntó la camarera con un tono de solicitud profesional.

—No, en absoluto, he cenado antes de embarcar.

Era verdad, no tenía hambre. Pero si hubiera tenido verdadera hambre, unos ermitaños elocuentes y un bosque de ensueño ¿me hubieran retenido lejos de la mesa?... La exploradora empedernida y un tanto escéptica en que me he convertido se lo pregunta no sin humor, evocando las circunstancias de esta primera partida.

Poco importa, por lo demás, la ironía tardía. Ningún gesto trivial estropeó este prólogo de mi epopeya asiática:

fue, como convenía, un acto religioso en el más puro sentido de la palabra.

Mi cabina daba a cubierta. En cuanto los pasajeros, avanzada ya la hora, abandonaron el puente me senté ante mi puerta y permanecí allí toda la noche, sumida en una especie de éxtasis. Una sensación de frío me hizo volver en mí; temblaba. En el horizonte, un resplandor rosa aparecía en el cielo oscuro, se levantaba el día. Insensiblemente, por un mar sin olas, el gran barco se deslizaba, llevándome hacia la aurora, hacia Oriente.

Ningún acontecimiento marcó la travesía. Me acantoné en un aislamiento y un mutismo que intrigaban a las pasajeras —quizá también a los pasajeros—. Damas condescendientes intentaron entrar en conversación conmigo; no obtuvieron por respuesta más que monosílabos desalentadores.

—¿Va a reunirse con su familia?

—No.

—¿No se aburre viajando tan sola?

—No.

—Venga a sentarse con nosotras a tomar el té.

—Gracias. (El tono declinaba toda invitación).

Las curiosas me mandaron a una muchacha pensando probablemente que la semejanza de edad podría ayudar a un acercamiento. La embajadora, enrojeciéndose y armándose de valor, me preguntó directamente y sin rodeos:

—¿Qué va a hacer en la India?

—Continuar el estudio del sánscrito —respondí con gran seriedad y, dejando a la amable jovencita desconcertada, volví a mi cabina para reír a mis anchas. Quizá mi interlocutora ignoraba qué era el sánscrito. Esto desanimó definitivamente a las inquisidoras, no intentaron más

perturbar mi tranquilidad, me dejaron bajar sola en las tres escalas que hicimos: Alejandría, Puerto Saíd y Adén; me debían considerar como un fenómeno antipático.

El tiempo era bueno. Yo me absorbía en la lectura de los *Upanishads*, de la *Bhagavad* y de las escrituras búdicas. Cuando me cansaba de leer, miraba el mar y pensaba... uno no se cansa nunca de pensar.

Así pasaron los días, quince; de pronto, una mañana se entrevió en el horizonte una línea trazada sobre el nivel del mar. Era la costa, muy baja, de Ceilán. Poco a poco se fueron distinguiendo los cocoteros que bordean las orillas. Llegaba... Ceilán era Oriente y eso me bastaba... de momento. Nadie me esperaba; no conocía a nadie en Colombo. El hotel más próximo al muelle —Oriental Hotel— me recibió.

Me asombra el que los hombres, tras haber gozado de una amplia libertad, hayan podido renunciar a ella; aún más, que un gran número de ellos ignoren que hace poco más de cincuenta años² cada uno de nosotros podía recorrer la tierra a su gusto. Cincuenta años, no hay que remontarse a una época prehistórica; sería natural que nos acordáramos de las costumbres que prevalecían entonces o, por lo menos, que las conociéramos.

¿Tengo pues que despertar los recuerdos dormidos en algunos de mis lectores y explicarlo a los otros? En el bendito tiempo en que llegué a Ceilán por primera vez, los pasaportes eran desconocidos, como también lo eran las múltiples vacunas que se exigen a los hombres transformados en conejillos de Indias para instrucción —o simple diversión— de algunos aficionados³.

2 Exactamente, antes de 1914.

3 A propósito de profilaxis, leo en un periódico que en Brasil se obliga a los pasajeros que bajan del avión a dejarse meter un termómetro en la boca, el mismo termómetro sirve para todo, lo van pasando de unos a otros después de introducirlo rápidamente en un líquido que se supone desinfectante.

¡Qué siniestra farsa las asambleas, los congresos, en donde a fuerza de discursos unos políticos pretenden preparar la unión de los pueblos! Nosotros habíamos llegado en parte; no quedaban en las fronteras más que unos puestos de aduanas que no molestaban mucho. Uno podía pasearse a su gusto por el mundo entero, llevando todo el dinero que podía para cubrir sus gastos.

Hoy en día los pueblos están encerrados en jaulas esperando el momento de cruzar las cercas que los separan para abalanzarse unos contra otros y destruirse.

Al desembarcar en Colombo, estaba lejos de pensar en semejantes cosas; lejos de imaginar que un día pudieran ocurrir. ¡Bueno!... Ya estaba en Oriente, me alegraba; pero el placer, por muy grande que pueda ser, no es verdaderamente una ocupación. Debía «hacer algo». Ahora bien, no me había trazado ningún plan. Mi partida, hecha realidad gracias a una pequeña herencia de la que entré en posesión a mi mayoría de edad, había sido algo espontáneo... ¡Feliz despreocupación de la juventud! Por otra parte, los años no deben subyugarla; los que me han hecho el honor de leerme han podido darse cuenta de que mis partidas han sido súbitas, determinadas por circunstancias inopinadas. A decir verdad, la necesidad de «hacer algo» no me atormentaba demasiado; tenía plena confianza en mi imaginación, no dejaría de encontrar en qué ocuparme.

Antes que nada, me fui a pasear por las calles. El encanto de estos paseos lo rompían desgraciadamente los vendedores que perseguían a los extranjeros: «Venid a ver los bellos zafiros». «Entrad, mirad los marfiles esculpidos». «Señora, ¿cajas, taburetes de madera de sándalo?». «¿Collares de piedra de luna...?». «Mirad estas cortinas, estas alfombras...». El desgraciado extranjero hubiera querido detenerse ante los puestos, pero la palabrería

del comerciante le hacía huir. A mí al menos. No tenía ninguna prisa por comprar lo que fuera.

Cerca del puerto había un pabellón, a su alrededor, unas mesas dispuestas. Allí se tomaba té, un té excelente, acompañado de *toast*, *cakes* o de otros productos del arte culinario inglés que solo la costumbre permite apreciar a un francés. Las meriendas de los clientes del pabellón estaban presididas por una estatua de la reina Victoria. Lectores que iréis a Colombo después de haber leído esto, no busquéis ni la efigie de la buena soberana, ni el pabellón. Hace tiempo que desaparecieron los dos y el espacio que ocupaban se ha dedicado a otras cosas.

En esa misma época, había en Colombo un vasto parque de árboles de canela. Me gustaba pasearme por el dédalo de sus alamedas tortuosas; solo el nombre del lugar me encantaba. ¿Podía haber algo más auténticamente oriental que un jardín de cinamomos? (*cinnamon garden*, decían los ingleses). En medio del jardín había un lago. Paisajes de otros tiempos. Hoy, amplias avenidas atraviesan el parque cuyos bosquecillos han sido talados en gran parte para construir casas; el lago ha sido casi desecado y en su lugar hay una fábrica. El progreso de la civilización, ¿verdad?

En el transcurso de mis paseos descubrí un hotel, casi oculto por la vegetación, al final de una larga alameda que parte de la explanada que se extiende a orillas del mar. Me gustó el aislamiento aparente del lugar. Fue el predecesor del Galle Face Hotel, una especie de semipalacio, el hotel más elegante de Colombo. No tenía intención de instalarme en Ceilán; mi meta era la India. Sin embargo, me pareció bien dedicar algún tiempo a recorrer la isla y, ante todo, quería visitar los templos y monasterios budistas, que sabía que eran numerosos.

El indígena que tiraba de mi *rikshaw*⁴ se detuvo ante un sendero que se perdía entre matorrales. Di unos pasos y llegué al «templo». Era un edificio pequeño desprovisto de estilo: un rectángulo de mampostería, encalado, cubierto por un techo de forma vagamente china, cuyos falsos revestimientos de madera estaban decorados con dibujos rojos sobre fondo amarillo.

Vista desde fuera, esta casita, agazapada en el follaje, tenía el agradable aspecto de una morada propia para albergar a ese «pensador silencioso» del que Buda decía: «No tiene pensamientos vanos, es inaccesible al miedo, no desea nada. Ha alcanzado el fin que se propone el ascetismo, que no es ni los honores, ni la fama que van unidos al estado religioso, ni los dones que este atrae, ni las virtudes que tiende a desarrollar; el “pensador silencioso” ha llegado a la meta final: la inalterable liberación del espíritu».

Me entretenía en el jardincillo, retrasando instintivamente el momento de encontrarme frente a la estatua que me ocultaban las barreras del templo. Los budas del Museo Guimet me eran familiares. Me gustaban sus ojos bajos que no se fijaban en los objetos exteriores y miraban «hacia adentro». Sin embargo, hubiera preferido no encontrar ninguno en esta tierra de Oriente en donde se decía que la doctrina del Maestro permanecía viva. Los ídolos no podían sino resultar superfluos, fuera de lugar, chocantes... Pero estaba allí para ver. Entré... y vi.

¡Cómo expresar mi asombro! Sobre un estrado estrecho, cubierto por un baldaquino, se encontraba la estatua, de tamaño más que natural, de un hombre acostado que pretendía representar a Buda moribundo. Este Buda

4 Vehículo ligero de dos ruedas que los franceses llaman impropriamente *pousse-pousse* y que no es «empujado», sino tirado por un hombre que corre entre los varales.

gigantesco era amarillo. El pintamonas que se había ejercitado a costa suya, había embadurnado, del mismo amarillo canario, el traje, el cuerpo, el rostro y hasta los cabellos de su obra. Cerca de la cabeza del Sabio agonizante, al alcance de su mano, un fiel solícito había puesto un paquete de mondadientes y había colgado de un hilo al marco del baldaquino un pañuelo de bolsillo. No lejos de allí, a guisa de ofrenda, de adorno o, quién sabe, de provisiones, vi un tarro de cristal que contenía legumbres en conserva: zanahorias y guisantes hábilmente dispuestos, alternando el verde y el naranja, que producían el más apetitoso efecto. La cabeza me daba vueltas, me ahogaba.

Conocía la mezcolanza de las iglesias de Occidente; las vírgenes españolas, provistas de bastón con puño de oro, de un abanico o adornadas con joyas más propias para llevar en una gran fiesta, no me eran extrañas, pero no esperaba encontrar algo equivalente en un país que se decía budista.

Cuando empezaba a salir de mi asombro, descubrí en el ángulo del estrado opuesto al que me encontraba una estatua amarilla de pie, que no había visto aún. Tras un minuto de atención me di cuenta de que lo único amarillo era la toga que la envolvía; de allí salían un rostro y unas manos oscuras, después advertí que, aunque la «estatua» permanecía estática, sus ojos se movían ligeramente. No se trataba de una escultura, sino de un monje budista como los que se ven representados en los frescos que adornan la escalera del Museo Guimet.

Sin grandes esperanzas de que me entendiera le pregunté:

—¿Habla inglés?

El hombre amarillo no contestó, ni dio ninguna señal de haberme entendido. Me acordé del precepto

monástico: «Si el *bhikkhu*⁵ encuentra a una mujer, no debe verla». Este monje no había reparado en mi presencia.

Sin embargo, Buda no ordenaba precisamente a sus discípulos-ascetas que no «vieran» a las mujeres. Les aconsejaba que las consideraran según la edad, como hijas, hermanas o madres. Pero, evidentemente, otros después de él creyeron poder perfeccionar su regla. Semejante mala suerte la tuvieron todos los maestros religiosos, de ahí las vírgenes con abanico y los budas con mondadientes.

—Vuelve al hotel —ordené al indígena que me esperaba con el *rikshaw*.

Pensé que ya había bastante por aquel día.

Una noche bastó para calmar mis nervios irritados. Después de todo, no había visto más que una capilla rústica; tenía que haber algo mejor... verdaderos templos. Sin hablarle de mi impresión desagradable, pedí al gerente del hotel que me informara sobre los templos dignos de ser visitados.

—Vaya a Kelaniya —me aconsejó.

Kelaniya está situado a pocos kilómetros de Colombo y el paseo en coche es agradable. Allí encontré un conjunto bastante importante de edificios: viviendas de religiosos, sala para albergar a los peregrinos, etc. El conjunto, separado por amplios patios, tenía una bella apariencia. Reinaba un gran silencio y la atmósfera del lugar incitaba al recogimiento, a la serenidad.

Por una escalera de piedra se accedía a la puerta del templo, situada en un pequeño rellano desde donde se dominaban las construcciones vecinas. Una vez franqueada esta puerta, se entraba en una sala larga y oscura. Allí en una inmensa vitrina, había un Buda acostado, que representaba, como el que había visto el día anterior, al Maestro en sus últimos momentos. Igual que la estatua

5 *Bhikkhu*: monje budista.

que me había impresionado tanto la víspera, esta estaba pintarrajeada de amarillo intenso de la cabeza a los pies. A parte de sus dimensiones, alrededor de cinco metros de larga, a primera vista, no tenía nada de extraordinario.

Parece, sin embargo, que los relatos, tan conmovedores en su simplicidad, que cuentan las últimas horas del Sabio de los Sakyas y sus últimas palabras, sean propios para inspirar a un artista y llevarle a crear una obra bella. Ahora bien, la enorme cabeza amarilla que contemplaba en la vitrina distaba de ser una obra de arte.

Más tarde llegué a discutir con artistas indígenas sobre la insignificancia de las enormes figuras que representan a Buda. Por regla general, pude constatar que pintores y escultores confundían la impasibilidad, la serenidad, con la ausencia completa de expresión. De ahí que nos mostraran formas sin vida, seres peores que muertos: seres que no habían vivido nunca. Ciertos artistas chinos o japoneses, y rara vez tibetanos, constituyen sin embargo brillantes excepciones; les debemos representaciones conmovedoras de Buda y sus discípulos. No ignoro, por otra parte, que el arte greco-budista ha suscitado la admiración de eminentes estetas; pero las estatuas que se encuentran de ordinario en los templos no tienen nada en común con él.

Los frescos que cubrían las paredes de la gran sala en donde estaba Buda representaban a una multitud de personajes cuyos trajes recordaban a los de la Edad Media. La tonalidad de las pinturas era apagada: ocre sobre verde oscuro. Me dijeron que los artistas autores de estos frescos se habían inspirado en escenas de la época en que los portugueses ocupaban Ceilán.

Una parte de los edificios que forman parte actualmente del templo de Kelaniya datan del siglo XIII y de comienzos del XIV pero, según algunas tradiciones, en ese

mismo lugar hubo un templo mucho más antiguo que habría sido construido por el príncipe Yatalatissa, unos trescientos años antes de Cristo. Recientemente se han realizado obras de ampliación.

Evidentemente, esperaba otra cosa de los monumentos erigidos en memoria de Buda; sin embargo, Kelaniya no me causó el mal efecto que me produjo la capilla que había visitado el día anterior. La oscuridad que reinaba en el templo atenuaba la precisión de las lamentables imágenes, inclinaba a un debilitamiento de las sensaciones predisponiendo a una tolerancia indulgente. El Buda acostado en su urna de cristal invitaba a ese desinterés hecho de cansancio, de indiferencia: «¿Para qué agitarte, rebelarte, querer dirigir, reformar? —susurraba al visitante—. Nada vale la pena... Mírame, prediqué antaño; intenté despertar a los que dormían sumidos en el letargo de la ignorancia y, ahora, de mí y de las verdades que les enseñé han hecho este fetiche inerte».

En el extremo de la vitrina, un pequeño compartimento contenía ofrendas. Advertí unos tazones minúsculos del tamaño de los de los «ajuares» de muñecas. El elocuente sacristán que me acompañaba me explicó que esos tazones contenían leche. Ocurría a veces, me dijo, que un fiel prometía ofrecer a Buda cincuenta o cien tazones de leche y cumplía económicamente su promesa utilizando esos pequeños boles. Muy ladino, ¿verdad? Pero esta malicia ni siquiera hacía sonreír a mi guía, caía por su propio peso, no había ningún efecto cómico.

Para edificación de este pobre de espíritu me prosterné de acuerdo con el ritual ante el gran Buda dormido, mientras pensaba en el otro: aquel cuyo pensamiento permanece vivo en el espíritu de una pequeña élite, y me fui.

Hacer un juicio sobre Ceilán, sus religiosos y su población laica porque dos horribles estatuas amarillas

habían herido mi sensibilidad artística hubiera sido absurdo por mi parte; no cometí ese error. Sabía que existían en la isla monjes eruditos y ya en París había oído hablar con respeto de Souryagoda Soumangala, el difunto jefe de los *bhikkhus* cingaleses. También sabía que Ceilán contaba entre sus habitantes con laicos distinguidos. En fin, no ignoraba que no faltaban paisajes pintorescos, ruinas de ciudades históricas y de monumentos antiguos. Me propuse, pues, volver para ver con calma gentes y cosas en el transcurso de un nuevo y más largo viaje. ¿Cuándo? No lo sabía. Mi viaje no tenía una duración limitada; más bien pensaba que se prolongaría durante bastante tiempo: nada me impedía, pues, dejar para más adelante una visita detenida a Ceilán y partir hacia la India.

Pasar desde la gran isla a la punta meridional de la India es ahora un viaje agradable y lo he hecho varias veces con verdadero gusto, pero cuando llegué por primera vez a Oriente el malecón construido en los islotes de Pont d'Adam no existía aún. Los viajeros que, desde hace ya tiempo, no tienen más que atravesar en una barcaza el único estrecho que corta su ruta, debían entonces hacer todo el viaje por mar a lo largo de la costa cingalesa.

Al atardecer me embarqué en Colombo para Tuticorin. De todas las travesías que he hecho, esta permanecerá para siempre grabada en mi memoria. En el barco, una cáscara de nuez, había, para los pasajeros de primera clase, un comedor estrecho, allí daban seis cabinas minúsculas. En el puente, atestado de cuerdas, cadenas y otros artículos necesarios para las maniobras, no había espacio para poner con comodidad una silla. Cuatro de las seis cabinas estaban ocupadas por misioneros y por mí. En la parte delantera del barco que, por falta de conocimientos técnicos, llamaría —quizá

impropiamente— el entrepuente, había una turba de indígenas amontonados.

Desde que salimos del puerto, el mar empezó a embravecerse, atornillaron los ojos de buey de las cabinas — el comedor no tenía otra ventilación — pronto el calor se hizo sofocante. El camarero nos anunció que el temporal no permitía al cocinero preparar una cena; nos tendríamos que contentar con té y platos fríos. Por otra parte, los efectos de las sacudidas no se hicieron esperar: toda cena parecía superflua. Los tres misioneros se habían retirado a sus cabinas y uno de ellos comenzó a gemir de manera significativa. Yo aguanté un buen rato delante de una taza de té y una tostada con mantequilla, después, cuando mis compañeros de viaje, tras sus cortinas, unían sus voces a la de su compañero, dejé el lugar y agarrándome a los asientos clavados en el suelo, alcancé mi cabina.

Se había hecho de noche. La tempestad se desencadenaba, masas de agua nos azotaban violentamente, mientras nosotros rodábamos de un lado a otro, nos tambaleábamos de manera inverosímil, elevándonos verticalmente para caer en picado. Empezaba a preguntarme si nuestro barco, de apariencia vetusta, podría soportar este zarandeo.

Lo más horrible fue cuando la población animal de las bodegas, obligada a salir de sus refugios quizá por el agua que se infiltraba, lo invadió todo. Hubo carreras de ratas enloquecidas y el deslizamiento lento de verdaderas capas de cucarachas, de cochinillas y de otros insectos cuyos nombres desconozco. Pronto lo cubrieron todo: la alfombra, la litera; trepaban por las cortinas y se salían del lavabo que habían llenado por completo. Una gruesa bujía, encerrada en un utensilio de esos que en las colonias llaman un fotógeno, iluminaba esta escena de infierno dantesco. El fotógeno estaba colgado del techo y oscilaba

a cada balanceo paseando de izquierda a derecha la débil luz de la vela. La iluminación eléctrica no era muy frecuente en aquel entonces, muchos barcos no la tenían y menos aún, por supuesto, nuestro «barquichuelo».

Cuando empezó la tempestad, el indígena que hacía las funciones de camarero, al ver que no quería echarme en la litera, me había traído un sillón plegable. Este, deslizándose por la alfombra a cada movimiento del barco, me lanzaba, alternativamente, con los pies o la cabeza abajo o me proyectaba contra una pared o la otra de la cabina. Zarandeada de acá para allá, chocando contra las esquinas de los muebles, había terminado por caer en tal estado de aturdimiento doloroso que no tenía fuerzas ni para quitarme los insectos que se paseaban por encima de mí, ni para ahuyentar algunas ratas curiosas que trepaban por mi sillón para examinarme de cerca. Nunca en toda mi larga vida de viajera, viví una pesadilla más repugnante.

Entonces unos aullidos furiosos me sacaron de mi embotamiento. ¿Qué pasaba ahora?... ¿Nos íbamos a pique? Me tenía que enterar. En el pequeño comedor, naturalmente, no había ningún pasajero. El camarero, desplomado en un rincón, se dio cuenta de mi presencia cuando, al darme un golpe contra la mesa, lancé un grito de dolor. Se levantó.

—¿Quiere un plátano? —me preguntó y, sin darme tiempo a contestar, alargó el brazo hasta un armario que había a su alcance y sacó un cestito con algunas frutas.

¡Plátanos! No pensaba más que en eso y ¡tal cómo tenía el estómago! Solo de verlos me daban más nauseas.

En algún sitio del barco la gente seguía gritando.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada —respondió el camarero—, son los pasajeros del puente que están encerrados, porque si no el mar los hubiera arrastrado. Han intentado quitar los tablones

que los protegían, entonces han clavado algunos clavos para impedirselo. Pero al oír el ruido, les ha entrado miedo. Ahora gritan que el barco se hunde, que van a salvar a los pasajeros de las cabinas y que a ellos los abandonarán. Estos desgraciados tenían motivos para gritar.

—No nos vamos a pique —añadió el camarero con aire tranquilizador—. Cómase un plátano —y me acercaba otra vez el cestito.

Le hubiera pegado muy a gusto, tanto me estaba exasperando, pero agarrada con una mano a la puerta de mi cabina y con la otra al respaldo de una silla atornillada al suelo no podía ni intentarlo. Tambaleándome, volví a mi sillón y a la pesadilla —entre los insectos repugnantes y las ratas furtivas acompañados de los bramidos desesperados de los prisioneros y del tam-tam ensordecedor de las olas que nos martilleaban—, que duró hasta la mañana, hasta que echamos el ancla delante de Tuticorin.

Nuestro miserable barco, chorreando, vomitó entonces un centenar de indígenas tambaleantes y despaivoridos que se dejaron caer en el suelo inmediatamente. Los misioneros se esforzaban por guardar las apariencias, pero sus rostros macilentos revelaban todo lo que acababan de soportar. Para mí, las penosas horas que acababa de vivir se habían quedado ya atrás en un pasado suficientemente lejano para no afectarme más. En cuanto puse los pies en tierra firme, me sentí otra vez alegre y llena de entusiasmo. Esa playa de arena, ese paisaje casi desértico bañado en la luz rosada de la mañana, era la India de mis sueños adonde acababa de llegar.

Un tren esperaba a los viajeros; me instalé en un compartimento vacío y, de repente, salido de no sé dónde, apareció un indio cerca de la ventana y chapurreó en inglés:

—*Breakfast, lady, breakfast...?*

—*Breakfast...*? Sí, pero ¿cuánto tiempo vamos a estar aquí?

—Mucho tiempo. Y coméis tranquilamente mientras el tren anda. Solo tenéis que dejar los platos ahí cuando bajéis. Era muy cómodo.

—¿Hay tiempo de prepararme arroz y un curry? Curry sin carne, no como carne.

—Mucho tiempo.

Y el hombre se fue rápidamente. Unos instantes más tarde, un sacerdote con sotana de lienzo blanco entró en mi compartimento, saludó y se sentó sin decir nada. Habían transcurrido dos minutos cuando llegaron dos camareros llevando bandejas: arroz y curry, tal como lo había pedido, también una taza de té, leche, azúcar, mantequilla y tostadas que me había olvidado de encargar, pero que a ellos sí que se les había ocurrido servirme.

El sacerdote que hasta entonces había permanecido con los ojos cerrados, medio desplomado, dio un respingo cuando olió el curry.

—¡Está comiendo! —exclamó con una cara de asombro realmente cómica.

—¡Naturalmente! —respondí —, hay un restaurante aquí, puede pedir lo que quiera.

—¡Comer! —profirió de nuevo mi compañero de viaje—. ¡Ah...! ¿Pero no acaba usted de desembarcar?

—Claro. Y usted también, probablemente.

—Sí. ¡Qué noche...! ¡Y no está enferma!, ¡puede comer...!

—He estado enferma durante la noche, pero ahora ya no, y tengo hambre. También usted debería comer, le sentaría bien.

—No podría.

La pronunciación inglesa de mi interlocutor me reveló claramente su nacionalidad.

—Somos compatriotas, creo, señor cura —dije—. Podríamos hablar francés, yo soy de París.

—¿Es posible?

La aparición de un indio de aspecto miserable que subió al estribo interrumpió este inicio de conversación. Sin decir una palabra, el indio se puso a santiguarse repetidamente mirando al sacerdote. Este no le concedió ninguna atención.

—Debe de ser un cristiano —me dijo simplemente.

El otro, sin embargo, multiplicaba sus signos de cruz. El tren se puso en marcha, él bajó y, durante un instante pude verle aún, de pie al lado de la pequeña estación: seguía santiguándose. Tenía ganas de preguntar a mi reverendo compatriota por qué no había dicho algunas palabras amables a su humilde correligionario, pero había cerrado los ojos de nuevo y parecía dormir.

El tren avanzaba a la velocidad de un tren de vía estrecha. Podía examinar tranquilamente la región llana y monótona que atravesábamos. Llevábamos viajando bastante tiempo con paradas prolongadas en pequeñas estaciones, cuando mi taciturno compañero se despertó.

—¿Va usted a Madrás? —me preguntó.

—Ahora no, bajaré en Madurai.

—¿Va a ver el templo?

—Sí.

—Los turistas lo admiran mucho, aunque diste de igualar a otros de los alrededores. Además, los extranjeros no pueden visitar más que una parte pequeña. Solo los brahmanes pueden entrar en todas las salas en donde están los ídolos y, sobre todo, en el edificio central, que es donde reside el gran diablo.

La expresión «el gran diablo» me hizo reír; me imaginé que mi compatriota bromeaba. Seguramente, lo mismo que yo, no creía en la existencia de un diablo en los

templos. Sin embargo, en su rostro no se advertía ironía, parecía más bien taciturno y preocupado. Movi6 la cabeza murmurando: «¡hum, hum!», despu6 se qued6 callado. Dudaba si sería una descortesía preguntarle su opini6n sobre «el gran diablo» y no dije nada. Me ape6 en Madurai; el misionero continuaba su viaje.

No s6 si el bungal6 para viajeros en donde me hosped6 diez a6os m6s tarde existía ya en esa 6poca. Me llevaron a una especie de dormitorio reservado a las damas, que ocupaba una parte del piso superior de la estaci6n. Había una camarera de servicio.

Debo se6alar aquí que, entre las comodidades que el desarrollo del «progreso» ha hecho desaparecer de la India, est6n las salas de espera solo para se6oras con cuarto de ba6o contiguo y servicio de una camarera. En el intervalo de un transbordo, una viajera podía, con los calores t6rridos del verano, darse un ba6o de agua fría y hasta hacer que le dieran masajes, porque la mayor parte de las sirvientas eran expertas masajistas. Los cuartos de ba6o consistían en una habitaci6n desnuda con losas de piedra y simples cubetas de madera que hacían las veces de ba6eras, pero la limpieza era absoluta.

Como estaba sola en el dormitorio, hice que me subieran la cena del restaurante que había en la planta baja y me acost6 inmediatamente: la noche anterior había sido todo menos descansada. Pero las palabras del misionero sobre el gran diablo y la manera tan seria de decirlas me seguían intrigando.

Fue varios a6os m6s tarde, tras largas y prolongadas estancias en la India, en China y en otros países de Oriente cuando me di cuenta claramente de que una gran parte de los misioneros, cualquiera que fuera su nacionalidad, creían verdaderamente en la existencia de deidades

paganas a las que se proponían combatir y que consideraban demonios⁶.

Diablerías aparte y desde el punto de vista hindú, la creencia en la existencia de Shiva, de Vishnú y de otras deidades puede tener un fundamento. Solo se trata de definir el «género de existencia» de que gozan esas deidades y cuál es su origen.

6 Ver también sobre este tema, mi libro *A l'Ouest barbare de la vaste Chine*.

LOS DIOS TAL Y COMO LOS INDIOS LOS CONCIBEN Y LOS VEN

No me propongo escribir un diario de viaje en el que mis recorridos a través de la India y los diversos episodios que les acompañan se sucedan por orden cronológico. Lo que quiero traer aquí es más bien una serie de cuadros que expliquen la vida espiritual y, aún más, la vida material de la India; conviene, pues, no considerar estas escenas aisladas, sino agrupar en un todo las informaciones obtenidas sobre un mismo tema en momentos distintos. Así la mención del «gran diablo» que residía en el lugar más secreto del templo de Madurai me parece propia para llevarnos a examinar las teorías hindúes sobre los ídolos, los dioses y el culto que se les rinde.

Es evidente que cuando los hindúes se prosternan ante las estatuas de sus dioses, no tienen la intención de adorar un ídolo material, sino dirigirse al dios o a la diosa que la estatua representa. Sin embargo, en la India este culto está basado en concepciones muy diferentes a las de los países occidentales.

En primer lugar, antes de que el ídolo sea estimado digno de ser objeto de culto, es esencial que haya sido «animado», es decir, que esté «vivo». Hasta ese momento, cualquiera que sea la estatua, no es más que un trozo de madera o un bloque de piedra esculpida a la que no se debe ningún respeto.

Cualquier objeto puede llegar a ser «vivo» y se le pueden atribuir propiedades, facultades y virtudes propias de los seres vivos. Si las efigies de las deidades se eligen particularmente para ser dotadas de vida, es que su forma, que evoca a la de un dios o de una diosa, es susceptible

de captar la atención de los devotos y llevarles, conscientemente o no, al grado de concentración de pensamiento necesario para infundir vida a la materia inerte. Sin embargo, encontramos también en la India simples piedras adoradas como deidades y los ídolos más venerados de la India son tres bloques de madera más o menos informes. Me refiero a: Jagannātha, «el Señor del mundo», su hermano Balabhadra y su hermana Subhadra, adorados en el célebre templo de Puri, en el sur de la India.

La comunicación de la «vida» se hace por medio del rito llamado *prāna pratishtā*, es decir, transmisión del soplo vital. Este soplo vital, en el transcurso del rito, se toma del celebrante y de los asistentes. Estos, concentrando intensamente su voluntad, operan, en un momento dado una transfusión de la energía que hay en ellos y la incorporan a la efigie inerte hasta entonces. Según esta teoría, la estatua o un objeto cualquiera que haya sufrido la influencia del rito se convierte en un individuo digno de veneración y posee una suma de fuerzas activas.

Es impresionante y curioso asistir a la celebración del *prāna pratishtā*, observar el estado de extrema tensión nerviosa de una asamblea de fieles, unidos todos en un esfuerzo de voluntad que tiende a transmitir a una estatua una parte de su vitalidad. La palabra *prāna pratishtā* es repetida constantemente por el oficiante y por los asistentes y, a menudo, hacen el gesto de arrancar algo de ellos y proyectarlo hacia la estatua colocada en el altar. Su actitud parece demostrar que saben que no es un dios o una diosa, que reside en un lugar celeste del que descenderá para incorporarse a su imagen, sino que son ellos mismos los que habitarán en ella y que, cuando se dirijan a ella, será a ellos mismos, a la energía salida de ellos, a la que se dirigirán. Sin embargo, hay motivos para temer que no capten siempre o que capten de manera incompleta

la significación del rito que llevan a cabo. Esta ardiente concentración de espíritu de todo un grupo de individuos puede producir alucinaciones. En una ceremonia a la que asistí, un grupo de adoradores declaró que veía a la estatua inclinar la cabeza hacia ellos sonriendo.

Otra vez la misma diosa, iluminada violentamente por proyectores que hacían rutilar los ornamentos de oropel y cristal con que estaba adornada, me pareció abrir y cerrar los ojos, me froté los míos, pensando que la luz demasiado fuerte me deslumbraba, pero una mujer, que estaba a mi lado, fue víctima de la misma ilusión. Murmuró: «Mire... abre y cierra los ojos».

Entre los sectarios del hinduismo, son frecuentes los fenómenos de visión. No solo se nos cuenta que Vishnú —bastante a menudo bajo la forma de uno de sus avatares: Râma o Krishna— se apareció brevemente a algunos de sus adoradores, sino que se nos relatan también historias de relaciones prolongadas entre el fiel y su dios.

Sin necesidad de ir a buscarlas a la mitología, voy a contar una bastante moderna. Los «hechos» se dice que se produjeron en 1864: mientras Ramakrishna vivía en el templo de Dakshineswar, a orillas del Ganges, cerca de Calcuta, llegó hasta allí un *sannyâsin* peregrino (asceta) llamado Jatadhari que, desde hacía años, llevaba con él en sus viajes una estatuilla que representaba a Râm niño (Râmbâla)⁷. Le rendía esa especie de culto particular en el que el devoto considera a la imagen del dios como a una persona viva⁸. En este caso se trataba de un dios-niño; Jatadhari prodigaba, pues, a la estatuilla todos los cuidados que se dispensan a un niño de verdad, lo bañaba, lo acunaba en sus brazos, etc.

7 Râmbâla, el vivaracho y juvenil Râm.

8 Veremos más adelante que este culto es habitual en los templos hindúes.

Por otra parte, el ídolo servía también a Jatadhari para fijar su atención cuando meditaba en Râm niño, es decir cuando se esforzaba por verlo realmente. Cuando Jatadhari dejó el templo para reemprender sus viajes, le dio la estatuilla a Ramakrishna, diciéndole que ya no la necesitaba porque había llegado a ver a Râmbâla continuamente y en todas partes. Sin embargo, cuando Ramakrishna contaba esta historia a sus discípulos decía que el *sannyâsin* había llorado al separarse de la escultura a la que consideraba a la vez su dios y su hijo querido.

Ramakrishna continuó el culto extraño que Jatadhari rendía al ídolo, pero para él era algo diferente a una imagen inmóvil en un altar. Râmbâla vivía. Ramakrishna lo veía bajo la forma de un chiquillo travieso que le seguía, bailaba delante de él o saltaba sobre su espalda. Ramakrishna le regalaba juguetes, lo sentaba en sus rodillas, lo acunaba⁹. El niño jugaba en el jardín, cogía flores, se bañaba en el Ganges que corría junto al templo. Ramakrishna, completamente hipnotizado por su creación, lo trataba como a un niño de verdad; le reñía: «No estés a pleno sol, no estés tanto rato en el agua, después tendrás fiebre». El niño se burlaba de él, le hacía muecas. Entonces Ramakrishna se enfadaba, amenazaba al bribonzuelo, llegaba hasta pegarle y Râmbâla lloraba, causando una profunda tristeza al arrepentido Ramakrishna.

Los discípulos de Ramakrishna afirman que los hechos que acabo de relatar resumidos son reales. Su maestro se lo había asegurado formalmente y, como es natural, no dudan de su veracidad. Yo tampoco dudo. Ramakrishna

9 Se oyen contar historias análogas de otros devotos que llegan hasta hacer el gesto de amamantar a estatuillas que representan a Krishna niño. Los hombres lo hacen tan bien como las mujeres. La idea de sexo no existe en este caso, no hay más que un sentimiento de tierno amor maternal.

debió ver a Râmbâla como lo contó. Tuve ocasión de observar en el Tíbet los asombrosos resultados de los ejercicios sistemáticos para producir creaciones mentales que revistan formas materiales¹⁰. La diferencia entre las alucinaciones como la del Râmbâla de Ramakrishna y las que los gurús¹¹ tibetanos provocan en sus discípulos es que estos últimos tienen como fin hacer llegar a comprender a todos los discípulos que sean capaces, que estas apariciones son obra de los que las contemplan y que dioses y demonios no tienen otra existencia que la que nosotros les damos.

No conocía a Ramakrishna y sus discípulos directos con los que entablé amistad tenían tal veneración excesiva por su difunto Maestro que era imposible cualquier investigación crítica. Hubiera sido interesante saber qué ocurría con la estatuilla que representaba a Râmbâla mientras Râmbâla mismo, bajo la apariencia de un niño de verdad, brincaba por los jardines de Dakshineswar, y aún más interesante saber si otras personas, además de Ramakrishna, veían a Râmbâla.

No he oído decir en la India que, en visiones prolongadas que constituyen una serie de acontecimientos, los personajes fantasmas sujetos de la visión sean vistos por personas distintas al visionario. Evidentemente, es distinto en las visiones colectivas, limitadas generalmente a una breve aparición.

Por lo que se refiere a los tibetanos, creen que las formas creadas por nuestro espíritu son susceptibles de ser vistas y tocadas por otras personas además de por su creador. Incluso admiten la posibilidad de crear seres fantasmas —*tulpas*— capaces de comportarse en todo como individuos ordinarios. Esto se aparta de mi tema

10 Sobre esto, véase mi libro: *Magos y místicos del Tíbet* (Ed. Índigo, 1988).

11 Gurú: maestro y director espiritual.

y no puedo más que apuntar el hecho. Por otra parte, ya conté una experiencia que tuve¹². A falta de otra explicación, creí que había habido un fenómeno de transmisión de pensamiento. Mi visitante había visto la imagen que existía en mi espíritu. Me han dado, sin embargo, otras interpretaciones. Entre las que recogí en la India sobre los ídolos «animados» y alucinaciones a las que estos dan lugar a veces, hay algunas que pueden aplicarse igualmente a las visiones tales como la de Râmbâla o a los fantasmas de deidades creadas por tibetanos.

El término «alucinación» que empleo considerándolo familiar a los occidentales es, con todo, rechazado por los que proponen estas explicaciones. Alucinación, dicen, evoca la idea de irrealidad. Según la definición habitual, la alucinación es una sensación visual o cualquier otra cuya causa no sea un «objeto real». Se puede admitir fácilmente que, cuando el devoto ve a Durgâ o a Krishna o a cualquier otra deidad, durante la celebración de un rito, ninguno de estos personajes está materialmente presente, pero en su lugar hay otra cosa.

La energía que los participantes en el rito del *prâna pratishtâ* han proyectado no es totalmente inmaterial. Se la puede comparar a una sustancia sutil que, en ese momento, está impregnada de pensamientos y de imágenes semejantes a los pensamientos y deseos de los oficiantes. Ocurre lo mismo con la energía engendrada en los ritos de *sadhana*¹³, como los que llevan a los tibetanos a obtener la compañía de una deidad de su elección.

Con respecto al ídolo «animado», no solo se le juzga digno de culto, sino también capaz de responder eficazmente a las plegarias que se le dirigen y de ejercer una

12 En *Magos y místicos del Tíbet* (Ed. Índigo, 1988).

13 Ritos para obtener alguna cosa de naturaleza material o espiritual por la propiciación de las deidades o por medios derivados de la magia.

influencia real en el espíritu y en el cuerpo de sus devotos. En fin, por la intervención consciente o no de estos, la efigie del dios se considera capaz de actuar en el medio en que se mueven.

La existencia real o no de la deidad representada no tiene ninguna importancia; de lo que se trata es de la acumulación de las fuerzas psíquicas contenidas en su efigie. Según esta teoría, las imágenes de los dioses juegan un papel análogo al de un acumulador eléctrico. Una vez el acumulador cargado, se puede obtener corriente. No se descargará si se continúa acumulando electricidad. Esta continuación de «acumulación» de energía en el ídolo se opera por el efecto del culto que se le rinde y por la concentración de los pensamientos de los fieles en él.

¿Qué es, pues, en definitiva, eso que responde a las plegarias de los devotos, que les aterra o que les hace felices, que los cura, que les abre, a veces, las puertas del éxtasis? No es, he oído afirmar a algunos pensadores indios, ni Vishnú, ni Shiva, ni ninguna otra deidad que reina en un mundo celeste. Es una fuerza sutil engendrada por los sentimientos y pensamientos de los mismos fieles. No, precisamente, la fuerza producida por un adorador aislado, sino la que nace de la colectividad.

Este ídolo que es adorado desde hace siglos por millones de devotos está ahora «cargado» de una cantidad considerable de energía que se debe a la repetición de innumerables actos de devoción durante los cuales la fe, la imaginación, las aspiraciones, los deseos de estas muchedumbres de fieles, han convergido en la imagen del dios. De esta manera, esta imagen se ha visto dotada de un poder de orden psíquico —y quizá de orden material— que sobrepasa con mucho el poder individual de cada fiel en particular.

No parece que teorías de este género se conozcan en occidente o, al menos, que estén muy extendidas. Sin embargo, advertimos claramente sus huellas en las religiones que permiten el culto a las imágenes. ¿Por qué esta estatua de la virgen, de un santo o de una santa se considera particularmente milagrosa? Si no es más que la efigie de una personalidad que vive actualmente en la morada de los Bienaventurados y si los milagros que se le atribuyen solo son obra de la alta personalidad celeste que representa, cualquier imagen debería producir los mismos efectos maravillosos. Pero la opinión de los fieles es diferente. Me acuerdo de un buen cura de aldea, en Bélgica, a quien se le había propuesto cambiar una virgen antigua de madera tallada un poco carcomida, por una imagen nueva. El cura se negaba. «Comprenda —me decía—, la estatua viejecita es milagrosa. La otra no sería más que una “buena mujer”, respetable porque representa a la santísima Virgen, pero nada más».

Ocurre lo mismo con los lugares de peregrinación que existen en todos los países. ¿Por qué el mismo dios, o el mismo personaje santo, manifiesta de una manera particular su poder en este lugar determinado más que en otro? Acabo de dar la explicación de estos hechos tal y como algunos hindúes los entienden. No afirmaré que las masas populares indias comprendan claramente sus teorías, sin embargo, un buen número de hindúes se dan cuenta de que el poder de las imágenes de los dioses y hasta su vida misma dependen de nosotros. He aquí un ejemplo tomado entre otros muchos: cuando residía en Benarés, uno de mis amigos hindúes se vio obligado a hacer un viaje y me rogó que tuviera en mi casa una estatuilla de Krishna y la venerara durante su ausencia. Vivía solo y no se le ocurría nadie que pudiera merecer su confianza. En resumen, lo que me pedía era que «alimentara» a la

estatuita para que no se debilitara o, como yo diría prosaicamente, volviendo a tomar la comparación del acumulador, para impedir que se «descargara».

No podía negarme a hacer este pequeño favor a mi amigo. Pusimos al Krishna en una mesita, mi *boy*¹⁴ compraba todas las mañanas algunas flores para ofrecerle y, por la tarde, yo quemaba varitas de incienso ante él. Al mismo tiempo le ofrecía familiarmente algunas palabras amables. Krishna es un dios jovial y encantador, no exige que se le trate con solemnidad.

Creencias análogas a las que acabo de exponer, y aún más dignas de nuestra atención, conciernen a los dioses mismos. Los intelectuales hindúes llegan hasta a asignarles una existencia que depende por completo del lugar que ocupan en el pensamiento de sus adoradores. Los dioses de esta manera son *creados* por la energía que produce la fe en su existencia, por los sentimientos de miedo o de amor que inspiran y por el culto material que da expresión a esta fe, a este temor o a este amor. El dios en cuya existencia ya nadie creyera, que nadie adorara, dejaría de existir. Estaría muerto como lo están muchos dioses que pueblos antiguos o desaparecidos adoraron antaño.

Los hindúes que me expusieron estas teorías, que atribuían a las deidades una existencia puramente subjetiva, declaraban, al mismo tiempo, que esta existencia era real. La concentración de pensamiento de millones de adoradores durante varios siglos había tenido efectos análogos a los que se refieren a los ídolos; había hecho de los dioses verdaderas entidades, centros de fuerzas y no bastaba que un individuo aislado negara su existencia para escapar por completo a su influencia.

Los dioses, lo mismo que nosotros que les hemos dado la vida, pertenecen a este incomprensible y eterno

14 En algunos lugares de Asia, criado indígena.

«juego» —ese *lila*, como dicen los filósofos hindúes— que el Ser en Sí: el *Brahmâ* juega consigo mismo y, en todos los casos, es la única visión que somos capaces de tener de él.



Puedo decir que ya no soñaba,
estaba completamente despierta:
mi conciencia profesional de orientalista-reportera
me imponía el deber de fijarme en todo.

ALEXANDRA DAVID-NÉEL

COLECCIÓN FUERA DE SÍ

*Un paseo literario por el mundo a través
de autores y viajeros de hoy.*

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

CO#6 *Crónica japonesa*
NICOLAS BOUVIER

CO#7 *En el barco de Ise*
Viaje literario por Japón - SUSO MOURELO

CO#8 *El tiempo de las mujeres*
Crónicas asiáticas - ÁNGELES ESPINOSA

CO#9 *Chuquiago. Deriva de La Paz*
MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

CO#10 *El ladrón de recuerdos*
Viaje por río a través de Colombia - MICHAEL JACOBS

CO#11 *Heridas del viento*
Crónicas armenias - VIRGINIA MENDOZA

CO#12 *La memoria de la Tierra*
Kimberley o el Far West australiano - RAFAEL MANRIQUE

CO#13 *Una huida imposible*
California y sus escritores - TONI MONTESINOS

CO#14 *El soñador errante*
De viaje con Pierre Loti - ÁLEX FRAILE

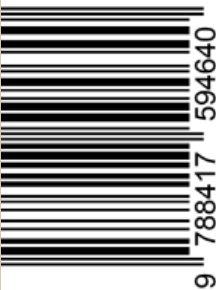
CO#15 *La otra Grecia* *Viajes a Salónica, Macedonia
y los Balcanes del sur* - MARTA MONEDERO

CO#16 *La naturaleza del silencio*
Nueve meses entre cien habitantes - SUSO MOURELO

CO#17 *La India en que viví*
ALEXANDRA DAVID-NÉEL

ISBN: 978-84-17594-64-0

THEMA: WTL; 1 FKA



Yo nunca fui a la India como turista; a lo largo de los muchos años que pasé allí, me limité a estudiar los aspectos profundos de la mentalidad religiosa de los indios.

ALEXANDRA DAVID-NÉEL

De todos los países que esta gran dama recorrió en una vida entregada al estudio y el vagabundeo erudito, India se despliega como un mundo de sabiduría inabarcable. No hay un caso comparable a lo largo del siglo XX, no lo hay entre otras viajeras, exploradoras o estudiosas de su época si nos atenemos a la complejidad de su experiencia *in situ* y no en las frías bibliotecas. Fue única, singular, una insólita mezcla de coraje, curiosidad intelectual, inteligencia y resistencia física y emocional.

La escritora que aparece en estas crónicas es ya una mujer serena, culta, segura de sí misma y de sus conocimientos, que afina visitando y debatiendo con sabios brahmanes —hablaba pali, hindi, sánscrito; escribía en inglés a pesar de ser franco-belga— ganándose su respeto, y participando en ceremonias a las que pocos extranjeros eran invitados. Se codea por igual con maestros y *sadhus*, con ricos marajás o doctos europeos; siempre discreta y vistiendo ropa local. Recoge información sobre los dioses, sus cultos y ceremonias, los textos sagrados, las costumbres, y no duda en desenmascarar con humor y astucia a falsos *sadhus*, *sanyásines* y *gurus* de toda condición; reniega del sistema de castas y aporta valiosa información sobre la vida de las mujeres indias. Su relato sigue siendo hoy una lectura deslumbrante.

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones